

CLUB DEL MISTERIO

H. C. BRANSON



**CALLEJON
SIN SALIDA**

— 5 —

Nadie sabe, hasta la última página de esta extraordinaria novela, quién mató al anciano y acaudalado Augustus Lefever. ¿O es que no lo mató nadie? El viejo sufría del corazón y todo parecía confirmar que se trataba de un ataque cardíaco. Y, sin embargo, el médico de cabecera se negaba obstinadamente a firmar el certificado de defunción. Fué necesaria toda la habilidad y discreción de un gran detective como John Bent –y el talento y la penetración de un gran escritor como H. C. Branson– para desentrañar la enredada madeja de este *Callejón sin salida*.

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

JOHN BENT, un hombre rechoncho y barbudo, modelo de sagacidad y de discreción

LEO MURPHY, que va a recibirlo a la estación del ferrocarril

JORGE MURPHY, hermano mayor del anterior, fiscal del Distrito

DOCTOR ROBERTSON, médico de cabecera del difunto Augusto Lefever

DOUGLAS MILLER, excelente atleta, empedernido bebedor, y en apariencia pésimo marido

IRENE MILLER, su esposa, en trance de divorciarse de él, una mujer elegante y sarcástica

JOHNNY LEFEVER, sobrino nieto del difunto Augusto

HANK MAC DOUGAL, amigo de la familia Miller

SEÑORA MANNON, enfermera

SEÑORA CLARK, cocinera

ALICIA MAC DOUGAL, hija de Hank, novia de Johnny

MARIA LEFEVER, una mujer de facciones duras y carácter difícil

WOODLING E. SMITH, Jefe de Policía, y algunos subordinados suyos

STEVE GROMEK, un campesino

WILLIS CLARK, chofer de los Miller, esposo de su cocinera, segundo pero no último entre los

cadáveres del relato

I

Bent descendió del tren al final del andén y se detuvo un instante, mirando las luces de la estación, situada a media cuadra o más hacia adelante. Era un hombre rechoncho, con barba, promediando los cuarenta. La noche era cruda, desagradable, noche de principios de marzo con humedad penetrante y temperatura casi glacial. Halos de neblina envolvían las luces alineadas a lo largo del andén y a los costados de las vías se amontonaba la nieve, sucia y medio derretida. El suelo estaba mojado y los charcos reflejaban las luces de la estación sobre el gastado hormigón. Los pasajeros de los últimos coches, en fila irregular, caminaban trabajosamente al lado del tren iluminado, dirigiéndose hacia la estación. Bent recogió su maleta y se unió a ellos.

El tren se puso en marcha antes que Bent llegara a la estación; comenzó a deslizarse, imperceptiblemente. Los vagones iluminados se mantuvieron paralelos a él durante un momento para separarse después con velocidad creciente, a medida que el tren adquiría impulso, hasta que el último coche pasó con estruendo y sus dos luces rojas se fueron alejando y empequeñeciendo hasta desaparecer. La partida del tren permitió ver a la derecha el río, angosto en ese punto y con reparos en ambas orillas; más allá del río las luces de un pequeño parque se reflejaban, en su superficie, negra y aceitosa. A lo largo de la orilla más lejana, crecía una fila de sauces enormes, y sus ramas desnudas se dibujaban contra los frentes de los negocios y los

carteles luminosos de neón de la calle, que corría frente al parque.

En la estación, Bent encontró a un hombre que estaba esperándolo; parado en la entrada, sin sombrero, con el cuello del abrigo levantado y las manos en los bolsillos, escudriñaba a los pasajeros a medida que llegaban. Era un hombre macizo, de cara redonda, cercano a los treinta, con anteojos de carey, de cabello negro que iba raleando y parecía estar de muy mal humor. Su rostro reflejó haber reconocido de mala gana la presencia de Bent y le salió al encuentro.

—¿Usted es el señor Bent? —preguntó con voz dura e inamistosa—. Me dijeron que usaba barba.

Bent no se dió por enterado de la hospitalidad verbal y le sonrió.

—Esa parece ser toda la identificación necesaria en estos días viles que vivimos —dijo con soltura—. Sí, soy Bent. Supongo que usted será el señor Murphy.

El hombre frunció el ceño.

—Soy Leo Murphy —dijo secamente—. A quien usted busca es a mi hermano. Él es el político de la familia.

Durante un instante Bent quedó perplejo pero luego su rostro se despejó.

—Ah, sí. Comprendo. El fiscal del distrito.

—Así es —dijo Murphy—. Estaba ocupado y no pudo zafarse, de modo que me encomendó venir a esperarlo. Yo lo conduciré allá. Tengo el coche estacionado a la vuelta de la esquina.

Mientras avanzaban por el andén Bent hizo notar distraídamente:

—¡Qué noche más desagradable! ¿No le parece?

Murphy lo miró como resentido y no dijo nada. Poco después, con voz gruñona, respondió:

—Sí. La peor época del año.

Con esto agotaron el tema y ninguno de los dos habló más hasta que llegaron al coche y Murphy prendió las lu-

ces y conectó el motor. Entonces mientras daba marcha atrás para salir del lugar de estacionamiento dijo fríamente:

–Jorge le reservó una habitación en el hotel. Podríamos dejar allí su valija; luego lo llevaré al Palacio de Justicia.

–No se moleste –dijo Bent–. Puedo pasar más tarde por la habitación. Lo que quiero saber ahora es para qué me necesita su hermano.

Murphy lo miró sorprendido.

–¿No lo sabe? ¿Jorge no se lo dijo por teléfono? Bent sacudió la cabeza.

–No. Me preguntó si podía venir y cuándo podría estar aquí. Le dije que sí y que llegaría esta noche. Esta fué toda nuestra conversación.

–¿De modo que no le dijo nada? –Murphy dejó el coche parado con el motor en funcionamiento y su rostro, visible apenas por las luces del tablero de control, se contrajo durante un instante–. Bueno, lo que puedo aconsejarle es que no crea nada de lo que oiga –añadió en forma terminante. Puso el coche en velocidad y partió.

El Palacio de Justicia estaba a cuatro cuadras, cruzando el puente, cuatro cuadras céntricas bien iluminadas, con señales luminosas para el tránsito en cada una de las esquinas. Murphy encontró lugar para estacionar frente al tribunal, entre dos salones de entretenimiento. Se volvió hacia Bent mientras cerraba el motor.

–Creo que entraré con usted –dijo, con voz tranquila pero hostil–. Quiero escuchar lo que le dice Jorge y además puede tener dificultad en encontrar su oficina.

Cruzaron la calle y se dirigieron hacia el Palacio de Justicia. Era un edificio alto, cuadrado, de aspecto bastante ruinoso, que databa aparentemente de la época de la presidencia de Grant, rodeado por un espacio cubierto de césped mojado, con arbustos pelados y olmos enormes que debían ser tan antiguos como el edificio mismo. Esta-

ba casi todo a oscuras pero una luz brillaba a la derecha a través de una serie de ventanas arqueadas, altas y angostas, y otra, la luz tenue de la portería, se veía en el *hall*, al subir los escalones que conducían a la entrada principal.

La escalera era empinada y los escalones estaban muy gastados; cerca del extremo superior había un montón de cemento desmenuzado, alrededor de la barandilla exterior. Murphy señaló el cemento con la cabeza y se disculpó en nombre de la comunidad.

—Este lugar es una desgracia —dijo—, uno de estos días alguien se romperá el cuello en estas escaleras. Las hubiera visto hace un par de meses, cuando estaban cubiertas de hielo. Alguien se romperá el cuello o un brazo o una pierna y tendremos que pagar por daños y perjuicios tal indemnización que alcanzaría para mantenerlas en buen estado durante los próximos diez años. Todos quieren un nuevo Palacio de Justicia, pero nadie quiere pagar para hacerlo.

Bent sonrió.

—Eso es lo que hace casi toda la humanidad, ¿no le parece, señor Murphy? Todos desean un mundo nuevo y bueno, pero nadie quiere hacer nada para conseguirlo.

Murphy emitió un gruñido. Empujó luego una de las pesadas puertas dobles y la mantuvo abierta, haciéndose a un lado para que pasara Bent. A todo lo largo del edificio se extendía un corredor con piso de madera de gastados tablones y techo de dieciséis pies de altura. Una sola luz muy tenue había quedado encendida; en mitad del corredor un hombre barrigón, de cara pálida, en mangas de camisa y tiradores, enarbolaba muy despaciosamente un escobillón. Era el tipo característico de todos los Palacios de Justicia, los edificios públicos y las municipalidades.

Bajó el escobillón cuando los vio entrar y se detuvo apoyándose en el mango.

—Hola, Leo —dijo—. ¿Estás buscando a Jorge? Está aquí todavía. ¿Es que ustedes nunca se van a casa?

Murphy adoptó una actitud aniñada y le hizo una alegre mueca a la manera irlandesa.

–Hola, Everett. Algunos nos ganamos el salario trabajando realmente. Aun cuando nadie nos mire. ¿Jorge está con alguien?

El gordo escupió en el piso y repasó luego el lugar con el cepillo.

–Woody estuvo con él hace un rato. Tal vez esté todavía. No sé.

–¿Conque Woody, eh? –Murphy quedó pensativo un instante y luego le sonrió al gordo con cordialidad–. Hasta luego, Everett.

Se dió vuelta y la sonrisa desapareció de su rostro.

–Por aquí, señor Bent –dijo y se encaminó a la derecha, por un corredor oscuro, en dirección al haz de luz que iluminaba el extremo final del *hall* desde una puerta abierta al mismo.

La habitación había sido cortada en dos, a la derecha, por un delgado tabique forrado de fieltro que, con su techo enormemente alto, formaba un cubo casi perfecto. La iluminación era brillante y el mobiliaje lo constituía una fila de ficheros verdes apoyados contra el tabique, un estante lleno de libros de jurisprudencia, informes y folletos, una docena o más de gastadas sillas de oficina y un amplio escritorio cubierto de una cantidad de papeles en desorden, situado en el rincón de la izquierda entre las dos ventanas altas y estrechas.

El hombre sentado en el escritorio había despejado parte de la mesa y estaba haciendo un solitario. Era diez años mayor que su hermano, calvo, la frente inclinada y surcada de arrugas, cejas negras, espesas, nariz ancha y boca grande; una cara fea, simpática y algo cómica. Sus gruesos anteojos de carey se habían deslizado por la nariz y a través de ellos atisbaba las cartas que tenía desplegadas ante sí y buscaba un lugar para colocar la que sostenía en la mano.

Cuando Murphy introdujo a Bent en la pieza dejó caer la baraja con premura, empujó los anteojos a su lugar y se puso de pie.

—Estás aquí, Jorge —dijo el hermano menor. En su voz había cierto vestigio de rencor—. Este es el señor Bent.

Jorge Murphy dió la vuelta al escritorio y se acercó con la mano extendida; la amplia sonrisa amistosa que se dibujó en su rostro marcó aún más profundamente las arrugas. Estrechó la mano de Bent con cordialidad y dijo:

—Encantado de verlo, señor Bent. Lamento no haber podido ir a esperarlo, pero estaba ocupado y no pude hacerlo. Espero que no habrá tenido dificultades.

Bent sonrió amistosamente.

—En absoluto, señor Murphy. Su hermano me esperó en la estación y me trajo aquí.

El mayor de los Murphy se alegró.

—Está muy bien. ¡Pero muy bien!

Dirigió una mirada a las cartas extendidas sobre el escritorio y pareció sentir que exigían alguna explicación.

—Se trata sólo de un pequeño respiro —dijo como disculpándose.

Leo Murphy estaba al lado de la puerta con el ceño fruncido.

—¿Para qué querías verlo a Woody, Jorge? —preguntó con tono de sospecha.

—¿Cómo dices, Leo? —Jorge Murphy eludió mirar a su hermano—. ¿Woody? ¡Oh! No tiene nada que ver contigo ni con el señor Bent. Un caso de delincuencia juvenil. Para eso quería verme —descartó el asunto y de nuevo se dirigió a Bent—. Sáquese el abrigo, señor Bent. Póngase cómodo, así podremos entrar en materia. —Se volvió hacia su hermano—. Gracias, Leo. Fuiste muy amable al ir a la estación en mi lugar. Te daré una mano uno de estos días.

Volvió a sentarse en el escritorio. Bent tiró el sobretodo y el sombrero sobre una de las sillas y se sentó en otra, a la derecha del escritorio. Leo Murphy estuvo indeciso un

momento y luego con toda premeditación se sacó el abrigo y se sentó.

—Creo que me quedaré un rato por acá, Jorge. Quiero escuchar lo que le cuentas al señor Bent.

Jorge Murphy miró a su hermano con expresión de cómica consternación.

—¡Oh, no, Leo! No puedes hacer esto —protestó—. Vete. Vete a casa. Quiero hablar con el señor Bent en privado. Después podrás darle a conocer tu punto de vista sobre el asunto.

El joven Murphy se acomodó en la silla con aire porfiado.

—No hay nada que hacer, Jorge. Me quedaré aquí y haré objeciones cada vez que te descarriles. Si traes a un hombre para que investigue algo que no existe, lo menos que puedo hacer es que conozca los hechos concretos.

—Por Dios, eso es lo que yo quiero. ¡Darle solamente hechos! Eso es ya de por sí bastante difícil, sin que tengas que estar interrumpiéndome a cada minuto. Vuelve a casa, Leo.

El más joven de los hermanos sacudió la cabeza terca-mente y pareció afirmarse aún más en la silla.

Su hermano lo miró con fijeza durante unos segundos, levantó luego las manos en gesto de resignación y se volvió hacia Bent.

—En eso reside justamente la dificultad. El asunto es sutil. No hay ninguna evidencia. No hay muchos hechos. Por eso queríamos que viniera usted, señor Bent, para ver si hay algo que investigar.

Leo Murphy dijo con acritud:

—Le pides que busque algo y él lo encontrará. Esa es su tarea. Es un fracaso si no lo hace. Encontrará algo para ti, exista o no exista.

—Nada de eso, señor Murphy —Bent contestó vivamente—, una respuesta negativa es tan definida y satisfactoria

como una positiva. Si encuentro que no hay nada para investigar, ese será el informe que haré.

Miró al hombre que se hallaba sentado en el escritorio.

—¿Qué le parece si tomamos el camino inverso, señor Murphy? Escuchemos primero lo que su hermano tenga que decir y usted puede proseguir luego —y con breve sonrisa añadió—, o hacer objeciones, si así lo desea.

Jorge Murphy frunció el ceño al oírlo pero en seguida se tranquilizó.

—Me parece justo —dijo—. Adelante, Leo. Dile al señor Bent por qué estoy malgastando el dinero del distrito y haciéndole perder el tiempo. Dile qué es lo que no encontrará.

—Muy bien, por Dios que lo haré —contestó Leo Murphy con enojo—. Le contaré todo, todos los hechos tal como son y no tendrás oportunidad de interrumpir porque puedo resumir todo en una sola frase. Señor Bent, usted ha sido llamado a investigar el hecho de que un anciano que tenía una enfermedad al corazón murió la otra noche a consecuencia de un ataque cardíaco. No hay nada más. Esto es absolutamente todo.

Bent esperó que Murphy prosiguiera, luego movió la cabeza.

—Esos no son todos los hechos, señor Murphy. Es lo más saliente, el punto de partida. Pero puedo agregar algunos otros. Evidentemente alguien cree que el hombre pueda haber sido asesinado y sus razones para ello fueron bastante buenas como para convencer al fiscal del distrito de que se hacía necesaria una investigación.

—Eso no es un hecho sino una opinión —replicó Murphy—. Usted los está confundiendo, como les nasa a todos aquí.

Bent aceptó la corrección.

—Muy bien, señor Murphy. Gracias por señalármelo. —Hizo una pausa, se frotó la barba con la mano y luego sonrió—. ¿Puede proporcionarme algunos hechos más, por fa-

vor? Más tarde nos ocuparemos de las opiniones. ¿Quién era el anciano? ¿Qué edad tenía? ¿Cuál era la enfermedad cardíaca de que sufría?, etcétera. En otras palabras, la descripción general.

Murphy pareció súbitamente cansado. Sacudió la cabeza y miró a su hermano.

—¡Al diablo con esto! Habla tú, Jorge.

Jorge Murphy le sonrió.

—Estamos de vuelta en el mismo punto de partida, ¿no?

Se echó hacia atrás inclinando el respaldo de la silla y con la mano frotóse la parte superior de la calva. Después de un instante dejó que la silla volviera a su posición normal y comenzó:

—El hombre se llamaba Augusto Lefever. Un hombre rico, perteneciente a una antigua familia del lugar. Se fué de aquí siendo muchacho y volvió... este... hace unos diez o quince años, justo antes de la guerra. Había vivido en el extranjero. Creo que tenía algo que ver con cuestiones de teatro. A su regreso compró la vieja casa de Nichols y desde entonces vivía en ella. Tenía sesenta y nueve años, ¿no es cierto, Leo?

Leo Murphy asintió.

—Sí. Iba a cumplir los setenta el mes próximo.

—El martes por la mañana lo encontraron muerto en la cama. Antes de ayer. Nadie se sorprendió, pues había tenido un ataque cardíaco el otoño pasado, coronario o algo parecido, no sé exactamente cómo se llama, y estuvo al borde de la muerte. Nadie esperaba que se recuperara, pero lo hizo. Hasta que, como le iba diciendo, tuvo otro ataque la otra noche y murió a la mañana siguiente.

Murphy quedó silencioso. Bent esperó durante unos instantes; una expresión de asombro se dibujaba en su rostro. Buscó los cigarrillos en el bolsillo, se puso uno en la boca y encendió un fósforo.

–Me inclino a estar de acuerdo con su hermano. ¿Qué es lo que estoy haciendo aquí?

Los anteojos de Murphy resbalaron de nuevo por la nariz. Por encima de ellos escudriñó a Bent.

–Ya lo verá. No debí haber dicho que nadie se sorprendió por la muerte del anciano. El único hombre que quedó sorprendido fué el médico.

–¿Por qué? –preguntó Bent.

Pero en ese instante la voz de Leo Murphy, impregnada de fría cólera, irrumpió en la conversación.

–Esa no es la verdadera explicación, señor Bent. La verdadera explicación es que el médico de Augusto era Hugh Robertson y que el cuñado de Hugh Robertson es el dueño del periódico local, de la estación de radio, de la mitad de la ciudad y de la mitad de la Legislatura. No pienso que sea dueño de mi hermano, pero creo que tiene un embargo contra él.

Jorge Murphy acomodó los anteojos en su sitio y miró a su hermano.

–No sé qué tonterías estás diciendo, Leo –contestó en tono sorprendentemente suave–. Robertson quería impedir el funeral esta tarde y ahora quiere la orden de exhumación. Quería una investigación policial corriente; ayer insistía en que la policía trajera a todos tus amigos para interrogarlos. Woody y yo tuvimos un trabajo de todos los diablos para sacárselo de la cabeza. Al fin nos pusimos de acuerdo en que haríamos una investigación privada. Woody es nuestro jefe de policía. Sugirió su nombre, señor Bent, y Robertson se encargó de conseguir que se acepten sus honorarios, o pagará él de su bolsillo si no se descubre nada. En esta forma llegaremos a saber dónde estamos parados. Si no hay nada malo nadie se sentirá molesto y no se hablará más del asunto –apeló a Bent para que lo ayudara–. ¿No piensa usted lo mismo?

Bent asintió.

—Sí, por supuesto. Es la única manera de encarar este caso. —Y volvió a repetir su pregunta—: ¿Por qué se sorprendió el doctor, señor Murphy? ¿Qué vió de malo?

—No puedo contestarle exactamente, pero la idea general era que el viejo Augusto se había recuperado por completo, que gozaba de perfecta salud y la gente sana no cae muerta así como así. Está convencido de que ha sido asesinado.

Bent levantó las cejas.

—¿Una salud perfecta? ¿Un hombre de sesenta y nueve años que ha tenido una coronaria?

—Yo no sé, señor Bent, no soy médico. Pero parecía plausible por la forma en que lo explicaba. Ya hablará usted con él cuando venga —miró su reloj pulsera—. Son las nueve menos veinte. Hace diez minutos debía estar aquí.

Se volvió hacia su hermano.

—Oye, Leo. Quiero que tengas cuidado cuando llegue Robertson y que actúes con calma. No tienes que estar de acuerdo con todo lo que diga, pero no por ello tienes que pelearte. En verdad no deberías estar aquí, pero si insistes en quedarte lo menos que puedes hacer es no perder el control.

—Oh, por Dios, deja de actuar como el hermano mayor —protestó Leo enojado—. Hace mucho tiempo que he dejado de tener doce años, pero nadie lo creería por la forma en que hablas. Puedo cuidarme muy bien solo; además tengo tanto derecho como cualquiera a estar aquí; debo proteger los intereses de un cliente.

Jorge Murphy resopló:

—¿Conque cliente, eh?

—Ya me oíste. ¿No puedes negar que ella sea mi cliente, no es cierto? Y sabes demasiado bien que Robertson la meterá en el asunto, en una forma o en otra.

—Muy bien, muy bien, Leo. Lo único que te pido es que conserves la calma —Murphy levantó la mano haciendo un gesto de advertencia—. Aquí llega.